

LAS MEMORIAS DE PETER CRANICH

25/07/2005

Por una de estos caprichos de nuestros gobiernos, hoy es fiesta. Celebramos a Santiago, una figura mítica que un grupo tribal de piel más clara que otro grupo tribal de tez más oscura eligió como interlocutor misterioso con un ente al que no se podían discutir sus órdenes porque no se podía hablar con él.

El ser humano descubrió, cuando descubrió que podía hablar y que podía recoger las semillas de los cereales, que sus congéneres humanos eran esencialmente crédulos. Descubrió que si se retiraba a una montaña, se encerraba en una cueva, o tras un trozo de tela, podía luego relatar a sus colegas que "alguien" le había indicado que fuera su jefe, que debían obedecerle y que siguiendo las órdenes de ese "ente", expresadas, claro está, por el autodenominado "jefe", ya que no había otro que hablase con aquel, conseguirían la riqueza quitándosela a otros, según el esquema tradicional de las tribus de papiones de la sabana de las que derivamos los homínidos.

Si a mí se me aparece alguien con ese cuento, lo primero que le digo es que soy yo el que quiero ver y escuchar a ese "ente" misterioso, y que no encuentro ninguna razón para creer a éste que me sugiere que le crea. ¿Por qué le voy a creer?

Pero debo ser una persona rara, pues no solo en la antigüedad babilónica, en la faraónica, en el desierto del Sinaí o de Arabia, sino que en los bosques de Nueva York en el siglo XIX y en el desierto murciano en pleno siglo XX/XXI hay gente que cree lo que otros le dicen, cuando le dicen que reciben mensajes del "ente", mensajes que nadie más puede escuchar.

Es este problema de la exclusividad el que me trae a mal traer. ¿Cómo puede creer la gente? La gente cree en lo que dice la tele, en lo que dicen los políticos, en lo que reciben por e-mail, en lo que leen y en lo que escuchan.

Galileo inventó la ciencia, porque inventó la duda. Solo midiendo el tiempo que tarda un incensario en repetir su movimiento podemos saber que tarda siempre el mismo tiempo. Solo dejando caer una bola por un plano inclinado podemos saber que su aceleración es siempre la misma. Solo midiendo y comprobando podemos, no creer, sino saber.

Incluso cuando no vemos, oímos, olemos, gustamos, tocamos, incluso entonces podemos conocer si al menos una cierta cantidad de personas nos indican lo que han visto o sentido, pues la estadística nos sugiere que es difícil que muchas cosas sean distintas todas unas de otras. Pero necesitamos muchas personas para empezar a conocer.

El problema es cuando no son muchas personas, sino una sola de ellas la que nos dice algo y se le cree.

El mecanismo debe ser un mecanismo genético basado en la supervivencia de la vida tribal. En una vida en tribu es preciso obedecer al gerifalte, pues solo el poder de la tribu defiende al individuo.

El sábado aparecía en una revista un reportaje sobre unas "queenas", unas chicas que aceptan palizas para pertenecer a una tribu (pasémonos algún día por la jaula de los papiones de cualquier zoo).

En el siglo XXI deberíamos haber superado esta reliquia animal, una reliquia que está en la fuente de los problemas de terrorismo que sufrimos.

Hay aún muchos animales humanos que no pueden vivir sin sentirse parte de una tribu.

El gran conflicto del siglo XXI es el conflicto entre el sentido tribal y su superación: Es el dolor del parto para acceder a un nuevo estado de consciencia que deje atrás el esquema animal y que permita la evolución del ser humano mediante la inteligencia, no mediante la supervivencia brutal.

Los grandes descubrimientos humanos, los avances realmente humanos se han hecho siempre por seres humanos individuales, seres que confiaban en si mismos, que eran -personas- no "queenas", no monos de la tribu. Scott, Admunsen, Nansen, los grandes exploradores polares, los escaladores, Stanley, Livingstone, los grandes literatos, artistas, los grandes científicos, filósofos, han actuado como seres humanos. Hasta los que pertenecían al sistema tribal que ahora se quiere resucitar eran individuos, no elementos de tribu: Avicena, Averroes, Maimónides. Tenían cada uno confianza en si mismo, no en la tribu.

Pero seguimos, tras 8.000 años de civilización, metidos en la tribu; Cienciología, mormones, testigos, kikos, hinchas del futbol, seguidores de Alonso, de Nadal: Buscadores de símbolos como Santiago para sentirse parte de una tribu, para buscar una protección esencialmente falsa, para buscar algo que solo da la propia vida, la confianza en uno mismo.

El desarrollo del esquema de comunicación instantánea y gratuita, la conciencia de poder de los monos sin capacidad intelectual, pero que redescubren el poder de la tribu (¿las "queenas"?) hace que la tribu ataque con fuerza, pues ve que en el camino evolutivo debe desaparecer, y se resiste a ello. Tribus urbanas que han rechazado la educación y reinan en trozos de territorio similares a las colinas de la sabana, y como en la sabana sobreviven mediante la rapiña; o las tribus del desierto, que han rechazado la vida moderna agarrandose a un código tribal puro y que quieren retomar una vida animal, sin progreso, eternamente igual a si misma, para desaparecer en la historia geológica como han desaparecido los dodós o estan desapareciendo pandas, lince y guepardos, por agotamiento genético, sin aportar nada a la historia humana.

¿Tribu o persona?